



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A BOLONIA

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PROFESORES UNIVERSITARIOS EN EL CENTRO CULTURAL ANEXO AL CONVENTO DE SANTO DOMINGO

Domingo 18 de abril de 1982

Ilustres señores:

1. Siento profunda alegría al encontrarme esta mañana con vosotros, miembros del claustro académico de la universidad de Bolonia, en quienes reconozco y rindo honor a los herederos de la tradición universitaria más antigua del mundo. Mi alegría se ve incrementada por la presencia de los rectores y profesores de los demás Centros universitarios de la región: de las universidades de Ferrara, Módena, Parma y de la facultad de agronomía de Piacenza.

Saludo cordialmente al rector magnifico de la universidad de Bolonia, prof. Carlo Rizzoli, en cuyas palabras de presentación he captado no sólo la expresión de los comunes sentimientos de cordial deferencia hacia mi persona, sino también el testimonio del profundo sentido de responsabilidad que anima a las autoridades académicas y profesores en el desempeño de la cotidiana labor educativa que les ha sido confiada. Al darle las gracias, señor rector, por sus nobles palabras, deseo también manifestarle mi reconocimiento por la invitación que usted gentilmente me ha formulado, para visitar la sede actual de la universidad: aunque diversas circunstancias no permitieron hacer efectiva la propuesta, me ha resultado muy grata, porque despertó en mi alma el recuerdo de la visita que tuve ocasión de hacer a ese ilustre Centro de estudios en el lejano 1964, en calidad de Gran Canciller de la universidad de Cracovia, que celebraba en ese año el VI centenario de su fundación.

Doy las gracias también al Hon. Sr. Tesini, Ministro para la Investigación Científica, quien, al presentarme el saludo de toda la comunidad científica italiana, ha subrayado oportunamente las

extraordinarias posibilidades y los temibles riesgos que acompañan a los progresos de la ciencia, como han puesto en evidencia sobre todo los avatares de este siglo.

Deseo, finalmente, dirigir una especial palabra de saludo a las autoridades académicas y profesores de los demás Centros universitarios de la región: su presencia en este encuentro es prueba elocuente del vínculo ideal que liga a dichos Centros con el "Alma Mater" boloñesa y con la primigenia experiencia universitaria, que se desarrolló a comienzos del milenio en esta ciudad. Precisamente para rendir homenaje a esos gloriosos momentos iniciales pienso dirigirme dentro de poco a la sede del antiquísimo "Archiginnasio", donde tuvo su cuna la institución universitaria, según el modelo que fue difundiéndose sucesivamente por Europa y por el mundo.

No se puede pensar en Bolonia, sin pensar asimismo en el papel característico que en ella desarrolló, a lo largo de nueve siglos, el "Alma Mater", cuya categoría como Centro de estudios ha difundido su fama tan lejos de sus muros que muchos y valiosos estudiantes y profesores de todas las naciones se han sentido atraídos por ella, manifestando así la perenne dimensión universal de toda genuina búsqueda de la verdad. Y en el modelo de esta singular *Universitas*, comunidad de profesores y estudiantes unidos en el arte de enseñar y de aprender, se han inspirado más tarde muchos otros ateneos, confirmando la validez de la opción cultural realizada hace nueve siglos en Bolonia.

¡De qué glorioso pasado es, pues, heredera la vida universitaria de esta ciudad! Pero un hecho semejante supone responsabilidad para el futuro, y vosotros, que hoy os enfrentáis con los grandes problemas de la universidad moderna, debéis inspiraros en los altos valores de vuestra tradición para encarnarlos, con renovada creatividad, en una situación de cambio.

2. Se me preguntará quizás con qué título yo, representante de la Iglesia, me dirijo hoy a vosotros, refiriéndome tan claramente al campo de vuestras tareas específicas. Se me preguntará si tengo, por así decirlo, el derecho de entrar en el campo de vuestras responsabilidades. Existen diversas razones que me impulsan a hacerlo.

Hay, ante todo, una razón histórica: la Iglesia puede afirmar que ha estado presente frecuentemente en los orígenes de la institución universitaria, con sus escuelas teológicas y jurídicas.

Hay quizás también —permitidme decirlo— una razón personal, ya que he dedicado, como sabéis, una parte no pequeña de mi pasada labor a la enseñanza universitaria, por lo cual me siento verdaderamente honrado de ser vuestro colega.

Pero hay una razón más profunda y universal: y es la pasión común, vuestra y de la Iglesia, por la verdad y por el hombre; mejor aún: por la verdad del hombre. Como ya tuve ocasión de decir, dirigiéndome a la Conferencia General de la UNESCO, la universidad es uno, acaso el principal,

de esos "bancos de trabajo en los que tanto la vocación del hombre al conocimiento, como el vínculo constitutivo de la humanidad con la verdad como objetivo del conocimiento, se hacen realidad de cada día, se hacen, en cierto sentido, el pan cotidiano de tantos maestros, venerados corifeos de la ciencia, y, en torno a ellos, de los jóvenes investigadores dedicados a la ciencia y a sus aplicaciones, como también de multitud de estudiantes que frecuentan estos Centros de la ciencia del conocimiento. Nos encontramos aquí como en los más elevados grados de la escala por la que el hombre trepa, desde el principio, hacia el conocimiento de la realidad del mundo que lo rodea, y hacia el conocimiento de los misterios su humanidad" (Discurso a la UNESCO, n. 19).

Ahora bien, si este hombre, en la plena verdad de su ser personal la vez de su ser comunitario y social, es el camino primario y fundamental que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de la misión que le ha sido confiada por Cristo (cf. Redemptor hominis, 14), comprenderéis por qué vuestra aventura cotidiana en los caminos del saber no puede resultarle indiferente.

En efecto, si la respuesta definitiva a nuestra perenne pregunta: ¿quién es el hombre?, la esperamos de Cristo, el Hombre nuevo, crucificado y resucitado, esa misma pregunta os la dirigimos también a vosotros, porque todo lo que vais conquistando fatigosamente nos interesa, nos es vitalmente necesario. Porque nuestra fe es una *fides quaerens intellectum*, una de que exige ser pensada y como desposada con la inteligencia del hombre, de este hombre histórico concreto. Seríamos, pues, infieles a nuestra misma misión si pensáramos poder eximirnos de esa confrontación, que es vuestra labor cotidiana. Como nos enseñaron las dolorosas experiencias históricas de la falta de diálogo entre fe y ciencia, supondría un daño demasiado grande que la Iglesia formulase respuestas que no se ajustan ya a las preguntas del hombre de hoy en su consciente ascensión por la escala de la verdad.

La Iglesia es, pues, solidaria con la universidad y con sus problemas, porque sabe que necesita de la misma universidad, para que su fe pueda encarnarse y hacerse cultura; y porque la Iglesia afirma que la búsqueda de la verdad forma parte de la vocación misma del hombre, creado por Dios a su imagen (cf. Discurso a los párrocos de Roma sobre la pastoral universitaria, 8 marzo 1982).

3. Pero si lo que he dicho hasta aquí puede referirse más genéricamente a la relación entre fe y ciencia, fe y cultura, quiero ahora referirme más específicamente a la relación entre Iglesia y universidad. La universidad se encuentra hoy, efectivamente, en Italia y en muchos otros países del mundo, en el centro de algunas tensiones que la desafían en su razón de ser más profunda, y la colocan, una vez más, a los 900 años de su nacimiento, en trance de buscar su identidad.

La primera de esas tensiones es la que existe entre *la especialización de las diversas disciplinas y la idea de la universalidad del saber*. El Concilio Vaticano II ha observado: "Hoy día es más difícil que antes sintetizar las varias disciplinas y ramas del saber. Porque, al crecer el acervo y diversidad de elementos que constituyen la cultura, disminuye al mismo tiempo la capacidad de

cada hombre para captarlos y armonizarlos orgánicamente, de forma que cada vez se va desdibujando más la imagen del hombre universal" (*Gaudium et spes*, 61). Ahora bien, es precisamente característica de la universidad, a diferencia de otros centros de estudio y de investigación, el cultivo de un conocimiento universal, no en el sentido de que deba abarcar el abanico completo de todas las disciplinas, sino en el sentido de que en ella toda ciencia debe ser cultivada con espíritu de universalidad, es decir, con la conciencia de que cada una, aunque diversa, está tan ligada a las demás que no es posible enseñarla fuera del contexto, al menos intencional, de todas las demás. Encerrarse es condenarse, antes o después, a la esterilidad, es arriesgarse a tomar por norma de la verdad total un método proyectado para analizar y captar una sección particular de la realidad.

Por eso, la visión de la verdad que el hombre moderno consigue a través del arriesgado esfuerzo de la razón, tiene que ser dinámica y dialógica. Dado que la razón sólo puede captar la unidad, que liga el mundo y la verdad a su origen, dentro de modos parciales de conocimiento, cada una de las ciencias —incluida la filosofía y la teología— resulta un intento limitado que sólo puede captar la unidad compleja de la verdad en la diversidad, es decir, dentro de un entramado de saberes abiertos y complementarios (cf. *Discurso a los hombres de ciencia en la catedral de Colonia*, Alemania, n. 2).

Pero una forma tan viva y siempre tensa de encarnar el ideal de la universalidad en el conocimiento sólo puede realizarse en una universidad que sea realmente una *comunidad de investigación*, un lugar de encuentro y de confrontación espiritual hecha con humildad y decisión, donde los hombres que aman el conocimiento aprenden a respetarse, a consultarse, creando un clima cultural y humano que dista tanto de la especialización cerrada y exasperada, como de la genericidad y del relativismo. Los puntos de vista parciales podrán fundirse, no por estar constreñidos dentro de un plan predeterminado, sino porque la escucha recíproca y el contacto asiduo dejan entrever su complementariedad.

4. Una segunda tensión procede del papel cada vez más determinante asumido por la investigación científica en el mundo de hoy, que la hace objeto de un interés específico por parte de quien detenta el poder político y económico. Surge así el interrogante, también fundamental para la universidad, sobre la *relación entre el poder público* y su política cultural, u otros poderes presentes en la sociedad, y la *iniciativa autónoma de las instituciones universitarias*.

Pues bien, la comunidad universitaria deberá, sin duda, sentir responsablemente las expectativas de la sociedad civil que la rodea; porque terminó el tiempo en que la universidad podía concebirse como una sociedad cerrada en sí misma. Tales expectativas conciernen tanto a los objetivos de las investigaciones afrontadas, como a la preparación de los estudiantes, que les permita ejercer adecuadamente una profesión en la sociedad. Pero, sin embargo, me parece obligado afirmar una vez más el principio de la relativa autonomía de la institución universitaria como garantía de la libertad de investigación. La libertad es, efectivamente, desde siempre condición esencial para

el desarrollo de una ciencia que conserve su dignidad íntima de búsqueda de la verdad y no se vea reducida a una pura función, manipulada al servicio de una ideología, para satisfacción exclusiva de fines inmediatos, de necesidades sociales materiales o de intereses económicos, de enfoques del saber humano inspirados únicamente en criterios unilaterales o parciales, propios de interpretaciones tendenciosas y, por tanto, incompletas de la realidad.

¡La ciencia puede influir tanto más eficazmente sobre la praxis cuanto más libre está para la verdad!

Porque la ciencia es visión total del hombre y de su historia, es armonía de síntesis unitaria entre las realidades contingentes y la Verdad eterna. Como ha dicho el Concilio Vaticano II, "la cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la continuidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de *formarse un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido religioso, moral y social*. Porque la cultura, por dimanar inmediatamente de la naturaleza racional y social del hombre, tiene siempre necesidad de una justa libertad para desarrollarse y de una legítima autonomía en el obrar según sus propios principios" (*Gaudium et spes*, 59).

Por tanto, una interpretación de la ciencia y de la cultura, que a sabiendas ignore o incluso sacrifique la esencia espiritual del hombre, su aspiración a la plenitud del ser, su sed de verdad y de absoluto, los interrogantes que él se plantea frente a los enigmas del dolor y de la muerte, no puede satisfacer las más profundas y auténticas exigencias del hombre. Se excluye a sí misma del reino del saber, es decir, de la "sabiduría", que es gusto de conocer, madurez del espíritu, ansia de verdadera libertad, ejercicio de criterio y discreción.

Por eso la universidad, aun en sus necesarias especializaciones, sólo podrá desempeñar su papel esencial en la sociedad, si logra armonizarlo con un cierto distanciamiento crítico respecto al sistema de relaciones con las ideologías transitorias, incluso si son totalizantes. La tutela del libre espacio de la cultura es uno de los signos más claros de la madurez de una sociedad civil, pero a la vez la misma comunidad universitaria está llamada a demostrar su necesidad de modo convincente, presentando el incentivo de ese humanismo integral que desde siempre inspira sus ideales y que ciertamente responde todavía a tantas expectativas secretas de nuestros contemporáneos.

5. Debo finalmente detenerme aún en un tercer aspecto, quizás todavía más evidente, de los problemas de la universidad. El acceso más generalizado a la cultura superior, fenómeno ciertamente positivo también en la sociedad italiana, ha hecho impacto en las estructuras de vuestras instituciones, sometiéndolas a una dura prueba, y planteando problemas que afectan no sólo a la organización, sino también *al nivel y a la naturaleza misma de la enseñanza universitaria y a su relación con la investigación científica*.

Creo, por ello, necesario reafirmar con fuerza la dimensión comunitaria de la universidad, también por lo que se refiere a la relación entre maestros y discípulos. Aunque ésta resulte hoy mas difícil, debido al mayor número de estudiantes y a la escasa asistencia a las clases en diversas facultades, el encuentro humano es imprescindible para la formación de la personalidad y, en consecuencia, para que la universidad continúe siendo capaz de desarrollar una misión educativa. La experiencia enseña cuán importantes son las figuras de verdaderos maestros para comunicar no sólo el contenido de los conocimientos y el método de estudio, sino también la íntima pasión por la verdad, el esfuerzo moral que anima la investigación.

Para ello se requiere que los profesores mismos estén dedicados continuamente a la investigación. Quien enseña a los jóvenes sin ser ya capaz de investigar es como quien pretende saciar la sed de ellos sacando agua de un pantano en vez de sacarla de un manantial. Y se requiere, al mismo tiempo, que los profesores se mantengan siempre en actitud de disponibilidad servicial: el conocimiento no se les ha dado para que lo guarden como posesión exclusiva o como medio de prestigio personal, sino para que lo compartan y comuniquen; y experimenta un gozo profundo quien, al comunicar un bien espiritual como el saber, comprueba que no mengua ni se agota, sino que se multiplica y gana cada vez más en esa sencillez y claridad que es signo de la verdad.

6. Ciertamente he tenido que limitarme a la enunciación de algunos problemas fundamentales que inciden en vuestras preocupaciones diarias y que se presentan sumamente complejos. Pero es demasiado grande la tradición y la idea que habéis recibido en herencia y demasiado grande la apuesta que habéis hecho por la universidad y la sociedad en que ella vive, para que podáis deteneros ante las dificultades. Vosotros, con fantasía y decisión, como los constructores de las antiguas universidades, no podéis renunciar hoy a la tarea de unir dinámicamente una vez más, de forma nueva y adecuada a los tiempos modernos, la profundización en las diversas disciplinas y la tensión hacia la universalidad del saber, la autonomía necesaria para la libre investigación y el servicio a la sociedad, la investigación personal y colectiva y la enseñanza a las generaciones jóvenes.

En esta difícil tarea la Iglesia quiere estar presente y colaborar con lealtad, sin otro interés que el del hombre. En tiempos pasados Pontífices romanos y otros insignes eclesiásticos se distinguieron como bienhechores del ateneo de Bolonia; baste recordar el nombre del gran Papa Lambertini y el apoyo que prestó a la renovación de los estudios superiores en esta ciudad en el siglo XVIII. Hoy es la comunidad eclesial en su conjunto la que, en el espíritu del Concilio Vaticano II, se siente corresponsable de la promoción de los valores humanos y evangélicos en la vida de vuestra universidad. Desde el esfuerzo concreto por acoger a los estudiantes que provienen de fuera de la ciudad, a la animación de centros y lugares de encuentro y de diálogo cultural —como éste en que nos encontramos en el antiguo convento dominicano—, hay toda una gama de iniciativas ya existentes y posibles con que la comunidad cristiana puede contribuir a afrontar los problemas de la universidad. Está, sobre todo, la activa presencia en actitud de

búsqueda, de diálogo y de testimonio, de los cristianos, estudiantes y profesores, que actúan en la misma universidad. Que su aportación constituya una riqueza dentro de la comunidad de investigación que vosotros formáis, de modo que toda inteligencia abierta reconozca que a nadie le interesa realmente que falte en la forja de la cultura la contribución de esa tradición católica que tanta parte ha tenido y tiene en la historia de este país.

Y en el fondo, en el corazón mismo de esa dinámica que tiende al conocimiento universal y que inspira vuestra labor, ¿no surgen acaso, precisamente hoy, preguntas cada vez más frecuentes sobre el sentido último de la vida y de la actividad humana? ¿No son los jóvenes mejores, que se acercan a vosotros sedientos de conocer, quienes os interrogan sobre la legitimidad y finalidad de la ciencia, sobre los valores morales y espirituales que les permitan creer nuevamente en la ciencia, en la razón y en su buen uso?

Si la fe cristiana es una *fides quaerens intellectum*, la inteligencia humana es un *intellectus quaerens fidem*, una inteligencia que para recuperar la recta confianza en sí misma debe abrirse confiadamente a una verdad mayor que ella misma. Esta verdad hecha humana, y por tanto ya no ajena a ningún verdadero humanismo, es Jesús, el Cristo, la Palabra de la Verdad eterna, que la Iglesia os anuncia como su contribución definitiva para alcanzar vuestro ideal: el conocimiento de la verdad en su medida plenaria.